

LA EVOLUCION DE LAS INSTITUCIONES POLITICAS EN AMERICA LATINA TRAS LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA*

RONALD GLASSMAN

Las guerras latinoamericanas de liberación se prolongaron durante varios años, y la anarquía en las zonas rurales aumentó al paso del tiempo. El apego del campesinado a la tierra se hizo cada vez menor, el crecimiento de las filas de los desplazados comenzó a deshacer los lazos que mantenían unida la estructura social. Las guerras interminables hicieron a la población adoptar actitudes militaristas. Los ejércitos prestos para combate se congregaron en las montañas para aguardar, en medio de la indecisión bélica, las alternativas que pudieran surgir.

Al final de las guerras, estos ejércitos permanecieron en las montañas y el bandolerismo, que infestaba la zona rural y que era ya característica permanente de la vida latinoamericana, se militarizó y profesionalizó por completo. Los generales anárquicos y sus cuadros sentaron su dominio sobre extensos territorios rurales arrebatados a las autoridades feudales o a los gobiernos municipales. Los campesinos vieron en estos generales del bandolerismo a liberadores: el sueño del héroe mesiánico a caballo cobró una vez más figura humana. Los generales que se hallaban al margen de la ley se hicieron de carisma gracias a los campesinos y a los desplazados.

El atractivo ejercido por tales generales llevó a sus campamentos a numerosos hombres y mujeres. De hecho, se tornaron tan fuertes que acabaron por representar un tercer poder en el país, al lado de los terratenientes y de quienes, sin tierras, se dedicaban a negocios en la capital.

Las guerras también habían desatado otros acontecimientos. Debido a que los habitantes de la ciudad —los liberales, permeados por la sofistería de la Ilustración y por el ansia de beneficios económicos y políticos— habían insistido en la necesidad de las guerras y en la eliminación del dominio español, emergieron convertidos en héroes.

* Traducido por Pedro Juan Soto.

Todos los héroes, desde Bolívar hasta quien se destacó en menor grado, tenían domicilio en la ciudad y sus familias "liberales" eran harto conocidas. Así pues, al final de las guerras fueron ellos quienes se adelantaron a crear naciones por haber alentado el ansia de liberación, por ser dueños de una ideología separatista, por haber deseado sustituir con un gobierno republicano al régimen monárquico. Al terminar las guerras cayó en manos de ellos, por lo tanto, lo de dar forma a las ideas que habían defendido.

Sin embargo, tendrían que emprender otra guerra si deseaban lograr el cometido. Porque los grandes señores se hallaban en las ciudades y los generales anárquicos estaban en las montañas, mientras que la monarquía española había sido echada del continente con sus atavíos de legitimidad y eficiencia burocrática...

Los latifundistas mantenían a su lado ejércitos particulares formados por labriegos y, aun cuando el poder se les iba de las manos en la zona rural, serían capaces de levantar un ejército formidable¹ si se unían las gentes de varios fundos. Los habitantes de la ciudad también podían formar un ejército, ya que aún dominaban varios puestos de mando en los ejércitos de la independencia; pero estos grupos armados para la liberación fueron tropas provisionales que comenzaron a disolverse rápidamente al cabo de las guerras, de modo que los señores feudales tenían ya una creciente ventaja militar sobre los habitantes urbanos... Los generales bandoleros esperaban, mientras tanto, en las montañas.

La desbandada de los ejércitos de liberación bajo el mando de los liberales dio la señal a los terratenientes para reanudar la lucha en pos de la penetración y del dominio de las instituciones de gobierno. Aunque un velo de sofistería liberal colgaba sobre la estructura del estado, ésta no tardó en comenzar a adquirir el mismo patrón institucional de antes de las guerras... descontando un detalle: se había eliminado la legitimidad de la monarquía española; los virreyes y los grupos burocráticos ya no dominaban los medios de gobierno ni las instituciones de estado.

La competencia por el poder estatal se llevó a cabo ahora de manera descarnada debido a que los símbolos de la Ilustración no eran más que una veladura transparente en América Latina, donde la clase semifeudal conservaba el poder. La legitimidad del liberalismo y de sus instituciones gubernamentales y organismos económicos llegó a reinar solamente en territorios donde las clases dueñas de estos valores y de estas instituciones alcanzaron el dominio de la estructura social;

¹ Formidable en virtud de las normas correspondientes a América Latina.

en Latinoamérica tal dominio fue efímero, se desvaneció rápidamente después de las guerras. Así pues, los símbolos del liberalismo no proporcionaron legitimidad alguna en América Latina, sino que tendieron un velo sobre los asuntos de importancia y confundieron a la población.²

Pero, si bien es cierto que la doctrina de esclarecimiento predicada por los liberales no otorgó legitimidad a las repúblicas creadas por las débiles clases urbanas, no es menos cierto que el sistema de legitimidad que había mantenido a raya y dominado a la clase semifeudal —a la nobleza— tampoco proporcionaba ya tal legitimidad. Por lo tanto, debido a que la legitimidad no se relacionaba con ninguno de los grupos o clases que luchaban en el ruedo político, el poder político de los órganos estatales se hallaba al alcance de quien pudiera apropiárselo por cualesquiera medios. El derramamiento de sangre, el despliegue de la fuerza bruta y el quiebre de alianzas se manifiestan siempre en situaciones anárquicas producidas por la ausencia de un poder legítimo, y así aconteció en Latinoamérica.

La inquietud bullía desde antes de las guerras, a partir de la mudanza de los grandes señores a sus domicilios permanentes en las ciudades. Pero esta disputa de carácter familiar entre los grupos sociales y entre los componentes de una misma clase la había mantenido bastante calmada la monarquía española no sólo mediante su poder legitimador, sino también por medio de su dominio de las instituciones de gobierno y de la administración total del país.

Las contiendas sangrientas y la violencia

Con la eliminación de la monarquía española tanto en uno como en otro aspecto, con la militarización de toda la región y con la acumulación en las montañas y en las ciudades de las hordas de labriegos desplazados, la lucha política se desató con violencia implacable, violencia que hubo de durar más de un siglo...³

Las contiendas estallaron ahora de modo desesperado en las ciudades, primero entre los señores acaudalados y los pobladores urbanos, luego —al igual que en las ciudades italianas y españolas— entre los clanes de una misma clase que luchaban por la conservación del poder y la herencia del poder en calidad de derechos permanentes de la familia, además de como derechos de una clase determinada.

² Confundieron también a los historiadores liberales que no relacionaron a la ideología y a la sofistería con sus respectivos fundamentos institucionales.

³ Consúltese lo escrito acerca de la época de las ciudades-estados en Italia y España.

Lo mismo que en Italia y España, se utilizaron asesinos y delinquentes alquilados para las grescas, y con frecuencia tales contiendas pasaron a ser combates militares en todos sus aspectos.

Los desplazados sociales constituían el núcleo de los asesinos y ladrones que las familias rñentes profesionalizaban. Los terratenientes trajeron de la ruralía ejércitos de labriegos para hacerse cargo de sus batallas personales.⁴ Y la clase mercantil creó y movilizó a las milicias—en calidad de ejército nacional tras las guerras de independencia—con la intención de impedir que los terratenientes se hicieran del poder.

Los dictadores

Los grandes señores y los grupos mercantiles urbanos se batieron después de las guerras y de la liberación y la sangre corrió por las ciudades, y se popularizó el exilio político.⁵ A la larga, como se ha dicho, la lucha de clases degeneró en lucha de familias. Las dos clases en contienda comenzaron a desperdiciar sus energías y a perder dominio de los actos violentos que habían desatado. La situación llegó al punto en que corría demasiada sangre y todas las clases y familias anhelaban ya el cese de las sangrientas disputas... al menos por un tiempo. Y los generales bandoleros, que aguardaban en las montañas con sus ejércitos particulares, vieron llegar la ocasión. Los latifundistas y los grupos urbanos habían perdido sus energías; ni unos ni otros eran capaces de restablecer el orden, ni unos ni otros podían detener el derramamiento de sangre, y tanto los unos como los otros añoraban la paz y el descanso.

Entonces fue cuando los héroes bandidos se movieron hacia las capitales, y nadie les salió al paso, y todos les dieron la bienvenida porque se anhelaba paz y descanso... por el momento.

Pero los héroes bandidos nada sabían de los asuntos de gobierno y al cabo de poco tiempo se reanudó la lucha por el poder del estado; estallaron de nuevo los conflictos entre las familias y entre las clases, y los héroes bandoleros se vieron mezclados en las contiendas como abanderizados de esta clase o de la otra, de ésta o aquella familia, pero casi siempre del lado de los terratenientes por causa de sus orígenes humildes y de la comprensión que tenían de los grandes señores así como por el respeto que observaban hacia ellos, además del ansia de cada uno de convertirse en gran señor y vivir al estilo de los caba-

⁴ Véase en *La violencia en Colombia*, de Arthur Vidich, la absorción y politización de la clase pobre en manos de la clase alta, que la involucró en la violencia.

⁵ El mismo Bolívar fue desterrado, regresó, y de nuevo fue desterrado.

llos. Poco entendían del vocabulario o de las instituciones de los liberales, y no sentían ni afinidad ni respeto hacia ellos. Así pues, los bandidos héroes, al principio dictadores supremos que imponían paz y orden, se convirtieron en secuaces y lacayos de los latifundistas (y a veces, luego, en lacayos de los liberales⁶), pero por lo regular en lacayos de las familias disputantes.

Cansados de desempeñar el papel de pacificadores y guardianes del orden, hastiados de los deberes gubernamentales que no podían cumplir, al cabo de unos cuantos años en el poder, estos héroes solían cabalgar de regreso a la excitación de las montañas, donde con frecuencia se hacían de nuevo bandidos y grandes monarcas que aterrizaraban al campesinado, que tornaban precaria la vida de los viajeros, pero que no volvían a mezclarse en los asuntos propios del estado.⁷

Así las ciudades quedaban otra vez a merced de las clases y familias en disputa, la sangre corría una vez más y la anarquía acababa por reinar en el país.

El ciclo se repetía de década en década. Tan pronto la sangre corría desmesuradamente, uno u otro bando inducía al bandido héroe a penetrar en la capital para reimponer y conservar el orden. El otro bando se allanaba a esto porque le satisfacía poner coto al derramamiento de sangre por el momento.⁸

El neocolonialismo

Pero las guerras de independencia surtieron otro efecto en los organismos sociales y políticos de América Latina.

Es decir, dejaron a América Latina en deuda con algunas potencias extranjeras y cercenaron los lazos económicos entre Latinoamérica y España.

Durante las guerras, los latinoamericanos tomaron empréstitos de las potencias extranjeras para poner fin al monopolio que España ejercía sobre las materias primas producidas por ellos. Tanto Inglaterra como la joven nación de Estados Unidos y otros países otorgaron cuantiosos préstamos a las colonias recién independizadas. Pero cuando las guerras terminaron, las repúblicas se hallaron sin ingresos con que atender a las enormes deudas contraídas.

⁶ Véase, en particular, el caso de México.

⁷ Algunos desandaban en muchas ocasiones el camino, cada vez que el derramamiento de sangre en las ciudades adquiría proporciones extremas.

⁸ El miedo de que los desplazados quisieran hacer lo que les viniera en gana —cosa que ocurría de vez en cuando— motivó también la aceptación de la dictadura impuesta por un caudillo.

Los grupos mercantiles de la ciudad, que no contaban con tierras, intentaron organizar repúblicas "liberales", pero desde el principio tuvieron que afrontar no sólo las divisiones motivadas por el acontecer político, sino también la ruina económica. Porque las clases urbanas carentes de tierras no tenían dónde obtener capital. España había monopolizado el comercio. Tanto la agricultura como la producción minera habían estado en manos de los latifundistas. Las importaciones, en vez de la producción local, habían suministrado los artículos de consumo. ¿Dónde podían las clases mercantiles indígenas agenciarse el capital necesario para saldar las deudas contraídas en el extranjero? En ningún lugar.

Así pues, las repúblicas liberales se dieron a la bancarrota y las potencias extranjeras se tornaron airadas e impacientes y desconfiadas ante las naciones jóvenes.⁹ Los políticos liberales fanfarronearon, titubearon e hicieron promesas, y no lograron convencer a nadie. Las potencias extranjeras acabaron por ver en los políticos liberales a personas de mucha elocuencia dotadas con ninguna habilidad. El sueño de la Ilustración languidecía en América Latina.

Pero las potencias extranjeras habían logrado extender su tentáculos económicos hasta Latinoamérica, ya que el monopolio económico de España había desaparecido y las materias primas de América Latina estaban ahora al alcance del mercado mundial.

Sin embargo, la clase mercantil urbana no tenía a su cargo la producción y exportación de las materias primas latinoamericanas. Eran los latifundistas. Estos, aun cuando vivían en las ciudades, tenían dominio de la producción gracias a sus propiedades mantenidas con el trabajo de los siervos. Primero los mayoresales y luego los administradores a sueldo se habían hecho cargo de la producción de las materias primas en las haciendas y en las minas. Los terratenientes habían disfrutado de un enlace directo con el estado español monárquico-burocrático que administraba la exportación de todas las materias primas; para ellos resultó fácil establecer lazos con las nuevas potencias extranjeras que, sustituyendo a España, administraron y utilizaron entonces las materias primas producidas por los siervos de las grandes propiedades.

Las potencias extranjeras ocuparon rápidamente la brecha dejada por España. Enviaron administradores, mayoresales concededores de la técnica y equipo mecánico a América Latina. Construyeron caminos que

⁹ El hábil manejo que hizo Alexander Hamilton de la deuda con el extranjero al cabo de la guerra de la independencia, le ganó el respeto a Estados Unidos entre los europeos. Pero Estados Unidos disponía de producción industrial y capital suficientes para saldar rápidamente sus deudas de guerra. Los latinoamericanos carecían de tales fuentes de capital.

comunicaban a haciendas y minas con los puertos. Ampliaron bahías y modernizaron los trabajos que se desempeñaban en los muelles.¹⁰ Hicieron esto con mayor eficiencia que la mostrada por España, y ligaron la producción de materias primas con el mercado mundial en mayor grado de lo que los españoles habían podido hacerlo jamás.

Esta operación económica produjo efectos políticos asombrosos en la estructura social que se levantaba en América Latina.

Creó, en primer lugar, un enlace directo de carácter dependiente entre Latinoamérica y las potencias extranjeras del caso, de la misma manera en que había existido tal ligazón durante la época del dominio colonial español, de modo que surgió una especie de estructura neocolonial para reemplazar a la vieja estructura colonial que los latinoamericanos tanto habían procurado echar abajo con las armas.¹¹

En segundo lugar, ocurrió un fenómeno en América Latina —fenómeno motivado por esta relación neocolonial que no tiene paralelo en Europa— que consistió en el enlazamiento de las propiedades semi-feudales con el mercado mundial, porque los productores latinoamericanos de materias primas les proporcionaron a los terratenientes una enorme fuente de capital extranjero. ¡De manera que fueron los grandes señores —la clase aristocrática semifeudal— los que se enriquecieron al máximo y los que se hicieron de poder, en vez de serlo la clase mercantil indígena! Y, de hecho la clase mercantil indígena se encontró aislada de cuanto pudiera permitirle acumular capital porque, una vez más, la producción se hallaba en manos de los terratenientes y de sus siervos y administradores, porque la administración comercial estaba dominada por un poder extranjero neocolonial y porque el fácil suministro de capital permitía a los aristócratas semifeudales continuar importando todos los artículos de primera necesidad y los artículos de lujo.

Poco había alterado la independencia, entonces, ya que los latifundistas todavía dominaban las tierras y, aunque el monopolio español se había venido abajo, unos nuevos intereses extranjeros —en vez de la clase mercantil indígena— tenían en su manos a las empresas comerciales. Las esperanzas económicas de la clase mercantil carente de tierras se hicieron trizas de ese modo.

Para más, las grandes esperanzas políticas de la clase mercantil urbana también se despedazaron. Porque tras el fracaso de los políticos liberales en lo que concernía al pago de deudas, los represen-

¹⁰ Consúltese a Vidich respecto a los países subdesarrollados.

¹¹ Estados Unidos, por medio de la imposición de tarifas aduaneras y de la producción local para la industria, logró mantener su independencia económica y política. ¡Pero, téngase en cuenta a la región sureña de Estados Unidos! ¡Los Estados del sur dependían tanto del mercado extranjero como América Latina!

tantes de las potencias extranjeras les dieron la espalda y efectuaron sus alianzas políticas con la clase semifeudal. La clase semifeudal les suministraba las materias primas necesarias. Y los representantes de las potencias extranjeras sabían que la clase mercantil habría de intentar poner trabas al comercio y a las importaciones por medio de las tarifas aduaneras, y que probaría competir con ellos valiéndose de la producción indígena. Ellos no querían esto, y tampoco lo deseaba la clase semifeudal, que gracias a la rápida entrada de capital obtenido de las cosechas de pronta venta y de las minas, podía adquirir fácilmente lo deseado en el extranjero.

Así se estableció una alianza permanente entre las potencias extranjeras y la clase semifeudal de América Latina. A partir de entonces las potencias extranjeras tratarían exclusivamente con los terratenientes, los respaldarían políticamente, los ayudarían económicamente en forma indirecta, y cuando las cosas se pusieran feas, los armarían y adiestrarían para mantenerlos en el poder y delegarles la protección de sus intereses en la región.

La relación neocolonial mantuvo prolongadamente de este modo el poder de la clase semifeudal, al suministrarle una inagotable fuente de ingresos. La relación neocolonial también coartó el crecimiento de una clase mercantil e industrial y, apelando al poder económico, burló sus anhelos de ejercer poder político en las repúblicas nacientes.

La clase semifeudal obtuvo de los países extranjeros respaldo económico y respaldo militar, respaldo que esa clase nunca había obtenido cabalmente de España. Mientras tanto, los ecos del liberalismo se apagaban en las sierras de los Andes y la clase defensora de las instituciones liberales se encontraba armada con sólo la sofistería del liberalismo...